

No puedo.

Carmen Martinez



Capítulo 1

¿Debo continuar lo que dejé plasmado hace meses? ¿Es esto una segunda parte de un caos un tanto particular?

-No.

No voy a seguir el orden cronológico que intenté realizar en mi primer borrador, no.

Tengo claro que esto no es un relato de poemas, ni una novela, ni un cuento... bueno, quizá no lo tenga tan claro.

Diría que me resulta curioso, pero a día de hoy, me resulta imposible tener algo claro en mi vida. Necesito decir que soy feliz por algo, pero no puedo, tampoco puedo.

Debería de sentirme una luchadora, una superviviente por haber escapado de las garras de mi queridísima Ana, pero no puedo.

No puedo.

No puedo. (Soy patética)

¿Acaso es que disfruto de mi propio dolor? Sigo necesitando a mi querida Quetiapina para descansar, no tengo ni siquiera ni la mayoría de edad, ¿qué clase de energúmena soy?

Me gustaría escribir para informar al lector anónimo de que estoy bien, de lo contenta que estoy por haber luchado contra viento y marea, pero adivinen qué:

No puedo.

No puedo.

Hoy he cambiado de decorado, de ambiente, de sitio.

Me encuentro observando la oscuridad, y es algo contradictorio en mí, me aterra la oscuridad.

Miento, no me aterra ella, sino quién puede haber tras ella, me explico; mis peores pensamientos permanecen encerrados en mi mente siempre que haya un mínimo destello de luz, maldiciéndome por tenerlos presos de mi cordura y jurándome vendetta.

Y efectivamente, justo cuando cae la noche, ellos rompen sus cadenas, las cuales ahora parecen estar hechas con el más fino cristal.

Sacan sus armas afiladas con riguroso cuidado y apuntan directamente a mi pecho, pensando que mi corazón sigue latiendo. (Pobres incautos)

Y ahora que ya se sabe quienes se esconden tras el denso manto de la noche, me atrevo a decir que vuelvo a estar sola.

Estoy postrada en una cama, la cual dice que lleva conmigo desde los tres años, pero a mí me resulta desconocida. Observo la noche, observo la brisa de verano que trae consigo el calor seco del Sur. Me mantengo en completo silencio para escuchar a todos los insectos que cantan su serenata a la Luna, (aunque hoy ni siquiera se ha dignado a salir, será que no quiere verme).

Adoro al cigarrillo que se consume con pasión junto a mi ventana, no tengo aliento ni para dar otra mísera calada a esa pistola que cargo y que hago llamar tabaco.

Son las 3 de la madrugada, ni un minuto más, ni uno menos.

Necesito encender la luz, esa tan acogedora de un suave tono amarillento que hace que mis enemigos se mantengan al margen de mí, de mi cordura, de mi ser.

Pienso repetidas veces en darme la vuelta, pulsar el interruptor y acabar con este castigo de una vez, pero

No puedo.

No puedo.

Me pregunto qué estará haciendo ahora mismo mi amor propio, (supongo que si me está viendo, estará desternillándose de risa al ver lo patética que soy).

Venga ya Carmen, acaba de una vez por todas con esta pantomima que tú misma has creado, no puedes crear TÚ a tus propios enemigos, eso es de locos, de tiranos, de cínicos.

Y efectivamente, eso es justo lo que soy, una cínica.

Parece mentira que con 17 años de vida solo esté machacándome una y otra vez con mis propios sarcasmos, en mi mente transcurre la Octava Guerra Mundial, y nadie más consigue saberlo.

Me ahogo. Me ahogo en este mar de hipocresía, eso es lo que soy, una hipócrita, una mera oveja que pretende alzar su cabeza sobre el ganado para así ser la primera en ser degollada, hipócrita, tú sola te lo has buscado.

Sé de sobra que esto no es una continuación sobre mi encontronazo con Ana, pero, la necesidad de escribir es irrefrenable.

Ya dije que esto no es una historia, es mi cabeza, es mi alma, y a la escritura yo me entrego.